

EL CATECISMO DE HEIDELBERG

Traductor: Valentín Alpuche

EL CATECISMO DE HEIDELBERG

INTRODUCCIÓN

Día del Señor 1

1. ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte¹, no soy dueño de mi vida²; sino que pertenezco a mi fiel Salvador Jesucristo³, quien con su preciosa sangre⁴ ha pagado completamente por todos mis pecados⁵, y me ha redimido de todo el poder del diablo⁶. Y me preserva de tal manera⁷ que sin la voluntad de mi Padre celestial ni siquiera un solo cabello de mi cabeza puede caer⁸. Antes bien, todas las cosas deben obrar juntas para mi salvación⁹. Por esa razón, por Su Espíritu Santo, Él también me da la seguridad de la vida eterna¹⁰, y me dispone y prepara de todo corazón para vivir desde ahora para Él¹¹.

¹ Ro 14:7–8

² 1Co 6:19

³ 1Co 3:23

⁴ 1P 1:18–19

⁵ 1Jn 1:7; 2:2

⁶ Jn 3:8

⁷ Jn 6:39

⁸ Mt 10:29–30; Lc 21:18

⁹ Ro 8:28

¹⁰ 2Co 1:21–22; Ef 1:13–14; Ro 8:16

¹¹ Ro 8:1

2. ¿Cuántas cosas necesitas saber para que puedas vivir y morir felizmente en este consuelo?

Tres cosas¹: Primero, la grandeza de mi pecado y miseria². Segundo, cómo soy redimido de todos mis pecados y miseria³. Tercero, cómo debo agradecer a Dios por su redención⁴.

¹ Lc 24:46–47; 1Co 6:11; Tit 3:3–7

² Jn 9:41; 15:22

³ Jn 17:3

⁴ Ef 5:8–11; 1P 2:9–12; Ro 6:11–14; Ro 7:24–25; Gá 3:13; Col 3:17

PRIMERA PARTE:

DE LA MISERIA DEL HOMBRE

Día del Señor 2

3. ¿Cómo conoces tu miseria?

Por la Ley de Dios¹.

¹ Ro 3:20; Ro 7:7

4. ¿Qué exige la Ley de Dios de nosotros?

Cristo nos lo enseña resumidamente en Mateo 22:37-40: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas»*¹.

¹ Mt 22:37-40; Lc 10:27. Dt 6:5. Gá 5:14

Día del Señor 3

5. ¿Puedes guardar todo esto perfectamente?

No¹, porque por naturaleza estoy inclinado a odiar a Dios y a mi prójimo².

¹ Ro 3:10-12, 23; Jn 1:8, 10

² Ro 8:7; Ef 2:3

6. ¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?

No¹; más bien, Dios creó al hombre bueno y a su imagen², es decir, en verdadera justicia y santidad, para que rectamente conociera a Dios su Creador, lo amara de todo corazón y viviera con Él en eterna bienaventuranza para alabarlo y glorificarlo³.

¹ Gn 1:31

² Gn 1:26-27

³ 2Co 3:18; Col 3:10; Ef 4:24

7. Entonces, ¿de dónde proviene esta naturaleza depravada del ser humano?

De la caída y desobediencia de nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el Paraíso¹, por la cual nuestra naturaleza se corrompió tanto que todos somos concebidos y nacidos en pecado².

¹ Gn 3 (todo el capítulo). Ro 5:12, 18–19

² Sal 51:5; Sal 14:2–3

8. Pero ¿estamos tan depravados que somos completamente incapaces de hacer algún bien e inclinados a todo mal?

Sí¹, a menos que por el Espíritu de Dios nazcamos de nuevo².

¹ Jn 3:6; Gn 6:5; Job 14:4; Is 53:6

² Jn 3:5; Gn 8:21; 2 Co 3:5; Ro 7:18; Jr 17:9

Día del Señor 4

9. Pero ¿no comete Dios una injusticia al hombre al mandarle en su Ley lo que no puede hacer?

No, porque Dios hizo al hombre de tal manera que pudiera obedecer su Ley¹; pero el hombre, por la instigación del diablo, se privó a sí mismo y a todos sus descendientes de estos dones divinos al desobedecer deliberadamente².

¹ Ef 4:24

² Ro 5:12

10. ¿Permitirá Dios que tal desobediencia y apostasía queden sin castigo?

De ninguna manera¹, sino que Él está terriblemente enojado contra nuestro pecado original como también contra nuestros pecados actuales, y los va a castigar con un justo juicio en el tiempo y en la eternidad, como ha declarado: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas»².

¹ He 9:27

² Dt 27:26; Gá 3:10; Ro 1:18; Mt 25:41

11. Pero ¿no es Dios también misericordioso?

Dios es ciertamente misericordioso¹; pero también es justo². Por lo tanto, su justicia exige que el pecado que se comete en contra de la altísima majestad de Dios sea castigado con un castigo extremo, es decir, con un castigo eterno tanto del cuerpo como del alma.

¹ Ex 34:6-7

² Ex 20:5; Sal 5:5-6; 2 Co 6:14-16; Ap 14:11

SEGUNDA PARTE:

DE LA REDENCIÓN DEL HOMBRE

Día del Señor 5

12. Entonces, si por el justo juicio de Dios merecemos castigos temporales y eternos, ¿cómo podemos escapar de este castigo y ser recibidos otra vez en el favor de Dios?

Dios quiere que se satisfaga su justicia¹; por lo tanto, tenemos que satisfacer completamente su justicia, ya sea por nosotros mismos o por alguien más².

¹ Ex 20:5; 23:7

² Ro 8:3-4

13. ¿Podemos nosotros mismos hacer esta satisfacción?

De ninguna manera; al contrario, nosotros diariamente incrementamos nuestra culpa¹.

¹ Job 9:2-3; 15:15-16; Mt 6:12; Mt 16:26

14. ¿Puede alguna simple criatura pagar por nosotros?

Ninguna; primero, porque Dios no va a castigar a ninguna otra criatura por el pecado que el hombre cometió¹; segundo, porque una simple criatura no puede soportar la carga de la ira eterna de Dios en contra del pecado² y redimir a otros de ella.

¹ He 2:14-18

² Sal 130:3

15. Entonces, ¿qué clase de Mediador y Redentor debemos buscar?

Uno que sea verdadero hombre¹ y perfectamente justo², y, no obstante, más poderoso que todas las criaturas, es decir, uno que sea también verdadero Dios³.

¹ 1Co 15:21–22, 25–26

² Jr 13:16; Is 53:11; 2Co 5:21; He 7:15–16

³ Is 7:14; He 7:26

Día del Señor 6

16. ¿Por qué debe ser verdadero hombre y perfectamente justo?

Porque la justicia de Dios exige¹ que la misma naturaleza humana que pecó debe pagar por el pecado. Pero uno que es pecador no puede pagar por otros.²

¹ Ro 5:15

² Is 53:3–5

17. ¿Por qué debe ser también verdadero Dios?

Para que por el poder de su divinidad lleve en su humanidad la carga de la ira de Dios¹, y así obtenga² y restaure en nosotros la justicia y la vida³.

¹ Is 53:8; Hch 2:24

² Jn 3:16; Hch 20:28

³ 1Jn. 1:2

18. Pero ¿quién es ese Mediador, que en una persona es verdadero Dios, y también hombre verdadero y justo?

Nuestro Señor Jesucristo¹, que nos es dado gratuitamente como una completa redención y justificación².

¹ Mt 1:23; 1Ti 3:16; Lc 2:11

² 1Co 1:30; Hch 4:12

19. ¿De dónde sabes esto?

Del Santo Evangelio que Dios mismo reveló primero en el paraíso¹, después lo proclamó por los santos patriarcas y profetas², y lo prefiguró por los sacrificios y otras ceremonias de la Ley³, y finalmente lo cumplió por su bien amado Hijo⁴.

¹ Gn 3:15

² Gn 22:18; 49:10–11; Ro 1:2; He 1:1; Hch 3:22–24; 10:43

³ Jn 5:46. He 10:7

⁴ Ro 10:4; Gá 4:4-5; He 10:1

Día del Señor 7

20. Entonces, ¿salva Cristo a todos los hombres que han perecido en Adán?

No, sólo a aquellos que por la verdadera fe son injertados en Él y reciben todos sus beneficios¹.

¹ Jn 1:12-13; 1Co 15:22; Sal. 2:12; Ro 11:20; He 4:2-3; 10:39

21. ¿Qué es la verdadera fe?

La verdadera fe no es únicamente un conocimiento seguro por el cual tengo por verdadero todo lo que Dios nos ha revelado en Su Palabra¹, sino también una confianza de corazón² que el Espíritu Santo³ produce en mí por el Evangelio⁴, de que no sólo a otros, sino también a mí mismo Dios me da gratuitamente⁵ el perdón de pecados, la justicia eterna y la salvación sólo por gracia y únicamente por amor a los méritos de Cristo⁶.

¹ Stg 1:6

² Ro 4:16-18; 5:1

³ 2Co 4:13; Fil 1:19, 29

⁴ Ro 1:16; 10:17

⁵ He 11:1-2; Ro 1:17

⁶ Ef 2:7-9; Ro 3:24-25; Gá 2:16; Hch 10:43

22. Entonces, ¿qué debe creer el cristiano?

Todo lo que se nos promete en el Evangelio¹, y que los artículos de nuestra fe indudable y universal nos lo enseñan resumidamente.

¹ Jn 20:31; Mt 28:20. 2P 1:21; 2Ti 3:15

23. ¿Cuáles son estos artículos?

Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.
Y en Jesucristo, su Hijo Unigénito, nuestro Señor,
Que fue concebido por el Espíritu Santo,
Nació de la virgen María,
Sufrió bajo el poder de Poncio Pilato,

Fue crucificado, muerto y sepultado,
 Descendió al infierno,
 Al tercer día resucitó de entre los muertos,
 Subió a los cielos,
 Y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.
 Y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.
 Creo en el Espíritu Santo,
 La santa iglesia católica,
 La comunión de los santos,
 El perdón de los pecados,
 La resurrección de la carne
 Y la vida eterna. Amén.

Día del Señor 8

24. ¿Cómo se dividen estos artículos?

En tres partes: la primera es de Dios el Padre y nuestra creación; la segunda de Dios el Hijo y nuestra redención; y la tercera de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación.¹

¹ 1P 1:2; 1Jn 5:7

25. Ya que sólo hay un Ser divino¹, ¿por qué hablas de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo?

Porque Dios se ha revelado así en su Palabra², de manera que estas tres personas distintas son el único, verdadero y eterno Dios.

¹ Dt 6:4

² Is 61:1; Sal 110:1; M. 3:16–17; 28:19; 1Jn 5:7; 2Co 13:14

De Dios el Padre

Día del Señor 9

26. ¿Qué crees cuando dices: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»?

Que el eterno Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien de la nada hizo el cielo y la tierra con todo lo que hay en ellos¹, que asimismo los sostiene y gobierna por su eterno consejo y providencia², es por amor a Cristo, su Hijo, mi Dios y mi Padre³. En Él yo confío de tal manera que no tengo ninguna duda de que me proveerá todas las cosas necesarias para mi alma y mi cuerpo⁴; y además que cualquier mal que me envíe en este valle de lágrimas, lo cambiará para mi bien⁵ porque Él puede hacerlo, por ser Dios Todopoderoso⁶, y también lo quiere hacer, por ser un Padre fiel⁷.

¹ Gn 1:31; Sal 33:6; Col 1:16; He 11:3

² Sal 104:2–5; Mt 10:30; He 1:3; Sal 115:3; Hch 17:24–25

³ Jn 1:12; Ro 8:15; Gá 4:5–7; Ef 1:5; Ef 3:14–16; Mt 6:8

⁴ Sal 55:22; Mt 6:25–26; Lc 12:22–24; Sal 90:1–2

⁵ Ro 8:28; Hch 17:27–28

⁶ Ro 10:12

⁷ Mt 7:9–11; Nm 23:19

Día del Señor 10

27. ¿Qué entiendes por la Providencia de Dios?

El poder todopoderoso de Dios y presente en todo lugar¹ por el cual, como si fuera por su propia mano, Él todavía sustenta el cielo y la tierra con todas las criaturas². Y las gobierna de tal manera que las plantas y los árboles, la lluvia y la sequía, los años fructíferos y los de escasez, la comida y la bebida³, la salud y la enfermedad⁴, la riqueza y la pobreza⁵, y, en fin, todas las cosas, no suceden por casualidad sino por su mano paternal.

¹ Hch 17:25–26

² He 1:3

³ Jr 5:24; Hch 14:17

⁴ Jn 9:3

⁵ Pr 22:2; Sal 103:19; Ro 5:3–5a

28. ¿Cómo nos beneficia saber que Dios creó todas las cosas y por su providencia las sustenta?

Para que seamos pacientes en la adversidad¹, agradecidos en la prosperidad², y para el futuro tengamos una buena confianza en nuestro Dios y Padre fiel, de que ninguna cosa creada nos podrá separar de su amor³, ya que todas las cosas creadas están en sus manos de tal manera que, sin su voluntad, no pueden ni siquiera moverse⁴.

¹ Ro 5:3; Stg 1:3; Job 1:21

² Dt 8:10; 1Ts 5:18

³ Ro 8:35, 38–39

⁴ Job 1:12; Hch 17:25–28; Pr 21:1; Sal 71:7; 2Co 1:10

De Dios el Hijo

Día del Señor 11

29. ¿Por qué al Hijo de Dios se le llama «Jesús», es decir, Salvador?

Porque Él nos salva de todos nuestros pecados¹, y porque la salvación no se debe buscar ni se puede encontrar en nadie más².

¹ Mt 1:21; He 7:25

² Hch 4:12; Lc. 2:10–11

30. ¿Creen también en el único Salvador Jesús aquellos que buscan su salvación y bienestar en los santos, en sí mismos o en cualquiera otra parte?

No, porque, aunque se gloríen de tenerlo por Salvador, no obstante, con sus hechos niegan al único Salvador Jesús¹. Porque, o Jesús no es un completo Salvador, o los que por la verdadera fe reciben a este Salvador, deben tener en Él todo lo que es necesario para su salvación².

¹ 1Co 1:13, 30–31; Gá 5:4

² Is 9:7; Col 1:20; 2:10; Jn 1:16; Mt 23:28

Día del Señor 12

31. ¿Por qué se le llama «Cristo», es decir, Ungido?

Porque Él fue ordenado por Dios el Padre y ungido con el Espíritu Santo¹ para ser nuestro supremo Profeta y Maestro², quien nos ha revelado completamente el secreto consejo y voluntad de Dios con respecto a nuestra redención³; y para ser nuestro único Sumo Sacerdote⁴, quien, por el único sacrificio de su cuerpo, nos ha redimido y vive eternamente para interceder por nosotros ante el Padre⁵; y para ser nuestro eterno Rey, quien nos gobierna por su Palabra y Espíritu, y nos defiende y preserva en la salvación que obtuvo para nosotros⁶.

¹ He 1:9

² Dt 18:15; Hch 3:22

³ Jn 1:18; 15:15

⁴ Sal 110:4; He 7:21

⁵ Ro 5:9–10

⁶ Sal 2:6; Lc 1:33; Mt 28:18; Is 61:1–2; 1P 2:24; Ap 19:16

32. ¿Por qué te llaman «cristiano»?

Porque por la fe soy miembro de Cristo¹ y así participante de su unción,² para que también yo confiese su Nombre³, me ofrezca como un sacrificio vivo de gratitud a Él⁴, y con una consciencia libre luche contra el pecado y el diablo en esta vida⁵; y, después de esta vida, reine con Él eternamente sobre todas las criaturas⁶.

¹ Hch 11:26; 1Jn 2:27; 1Jn 2:20

² Hch 2:17

³ Mr 8:38

⁴ Ro 12:1; Ap 5:8, 10; 1P 2:9; Ap 1:6

⁵ 1Ti 1:18–19

⁶ 2Ti 2:12; Ef 6:12; Ap 3:21

Día del Señor 13

33. ¿Por qué se le llama «Hijo unigénito» de Dios si nosotros también somos hijos de Dios?

Porque sólo Cristo es el Hijo eterno y natural de Dios¹; pero nosotros somos hijos de Dios por adopción, a través de la gracia, por amor de Él².

¹ Jn 1:14, 18

² Ro 8:15–17; Ef 1:5–6; 1Jn 3:1

34. ¿Por qué le llamas «nuestro Señor»?

Porque no con oro o plata, sino con su preciosa sangre Él nos ha redimido y comprado en alma y cuerpo del pecado, y de todo el poder del diablo para ser de su propiedad¹.

¹ 1P 1:18–19; 2:9; 1Co 6:20; 7:23; Hch 2:36; Tit 2:14; Col 1:14

Día del Señor 14

35. ¿Qué significa que fue «concebido por el Espíritu Santo, nació de la virgen María»?

Que el Hijo eterno de Dios, quien es¹ y continúa siendo verdadero y eterno Dios², tomó para sí mismo la verdadera naturaleza humana de la carne y sangre de la virgen María³, por obra del Espíritu Santo⁴; para que también fuese la verdadera simiente de David⁵, hecho semejante a sus hermanos en todas las cosas⁶, excepto en el pecado⁷.

¹ Jn 1:1; Ro 1:3–4

² Ro 9:5

³ Gá 4:4; Jn 1:14

⁴ Mt 1:18–20; Lc 1:35

⁵ Sal 132:11

⁶ Fil 2:7

⁷ He 4:15; 1Jn 5:20

36. ¿Qué beneficio recibes de la santa concepción y nacimiento de Cristo?

Que Él es nuestro Mediador¹, y con su inocencia y perfecta santidad cubre, a la vista de Dios, mi pecado en el cual fui concebido².

¹ He 2:16–17

² Sal 32:1; 1Jn 1:9

Día del Señor 15

37. ¿Qué entiendes por la palabra «sufrió»?

Que todo el tiempo que Él vivió en la tierra, pero especialmente al final de su vida, cargó, en cuerpo y alma, la ira de Dios contra el pecado de toda la raza humana¹; para que, por medio de su sufrimiento, como el único sacrificio expiatorio²,

redimiera nuestro cuerpo y alma de la condenación eterna, y obtuviera para nosotros la gracia de Dios, la justicia y la vida eterna.

¹ 1P 2:24; Is 53:12

² 1Jn 2:2; 4:10; Ro 3:25–26; Sal 22:14–16; Mt 26:38; Ro 5:6

38. ¿Por qué sufrió «bajo el poder de Poncio Pilato» como juez?

Para que Él, siendo inocente, fuese condenado por el juez temporal¹, y de esa manera librarnos del severo juicio de Dios, al cual estábamos expuestos².

¹ Hch 4:27–28; Lc 23:13–15; Jn 19:4

² Sal 69:4; 2Co 5:21; Mt 27:24

39. ¿Es más importante que haya sido «crucificado» que sufrir y morir de otro modo?

Sí, porque sólo así tengo la seguridad de que Él cargó sobre sí mismo la maldición que **pendía** sobre mí¹, ya que la muerte de la cruz era maldita **de** Dios².

¹ Gá 3:13–14

² Dt 21:22–23; Fil 2:8.

Día del Señor 16

40. ¿Por qué fue necesario que Cristo sufriera la «muerte»?

Porque la justicia y la verdad de Dios¹ exigían que la satisfacción por nuestros pecados no se podía hacer de otro modo que por la muerte del Hijo de Dios².

¹ Gn 2:17

² He 2:9; Ro 6:23

41. ¿Por qué fue «sepultado»?

Para mostrar que estaba verdaderamente muerto¹.

¹ Mt 27:59–60; Jn 19:38–42; Hch 13:29

42. Entonces, ya que Cristo murió por nosotros, ¿por qué nosotros también debemos morir?

Nuestra muerte no es una satisfacción por nuestro pecado, sino sólo morir al pecado y entrar a la vida eterna¹.

¹ Jn 5:24; Fil 1:23; Ro 7:24–25

43. ¿Qué beneficio recibimos además del sacrificio y la muerte de Cristo en la cruz?

Que por su poder nuestro viejo hombre está crucificado, muerto y sepultado con Él¹, para que los malos deseos pecaminosos de la carne no reinen más en nosotros², sino que nos ofrezcamos a Él en sacrificio de gratitud³.

¹ Ro 6:6–8; Col 2:12

² Ro 6:12

³ Ro 12:1; 2Co 5:15

44. ¿Por qué se añade: «descendió al infierno»?

Para que en mis más graves tentaciones tenga la seguridad de que Cristo mi Señor, por su angustia inexplicable, dolores y terrores que sufrió en su alma en la cruz y antes de ella, me ha redimido de la angustia y tormento del infierno¹.

¹ Is 53:10; Mt 27:46; Sal 18:5; 116:3

Día del Señor 17

45. ¿Qué beneficio recibimos de la «resurrección» de Cristo?

Primero, por su resurrección Él ha derrotado a la muerte para hacernos participantes de la justicia que obtuvo para nosotros por su muerte¹. Segundo, por su poder nosotros también somos resucitados ahora a una nueva vida². Tercero, la resurrección de Cristo es para nosotros una garantía segura de nuestra bendita resurrección³.

¹ 1Co 15:15,17, 54–55. Ro 4:25; 1P 1:3–4, 21

² Ro 6:4; Col 3:1–4; Ef 2:5

³ 1Co 15:12; Ro 8:11; 1Co 15:20–21

46. ¿Qué entiendes por las palabras «subió a los cielos»?

Que Cristo, a la vista de sus discípulos, fue llevado de la tierra al cielo¹, y continúa allí a nuestro favor² hasta que regrese otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos³.

¹ Hch 1:9; Mt 26:64; Mr 16:19; Lc 24:51

² He 4:14; 7:24–25; 9:11; Ro 8:34. Ef 4:10

³ Hch 1:11; Mt 24:30; Hch 3:20–21

47. Pero ¿no está Cristo con nosotros hasta el fin del mundo, como lo ha prometido?¹

Cristo es verdadero hombre, y verdadero Dios. De acuerdo con su naturaleza humana, no está ahora en la tierra², pero de acuerdo con su divinidad, majestad, gracia y Espíritu, nunca está ausente de nosotros³.

¹ Mt 28:20

² Mt 26:11; Jn 16:28; 17:11.

³ Jn 14:17–18; 16:13; Ef 4:8; Mt 18:20; He 8:4.

48. Pero ¿no se separan, de esta manera, las dos naturalezas de Cristo si la humanidad no está dondequiera que esté la divinidad?

De ninguna manera, porque ya que la divinidad es incomprensible y está presente en todas partes¹, necesariamente se sigue que la misma no está limitada a la naturaleza humana que Él ha asumido, y, sin embargo, permanece personalmente unida a ella².

¹ Hch 7:49; Jr 23:24

² Col 2:9; Jn. 3:13; 11:15; Mt 28:6; Jn 1:48.

Día del Señor 18

49. ¿Qué beneficio recibimos de la ascensión de Cristo al cielo?

Primero, que Él es nuestro Abogado en la presencia de su Padre en el cielo¹. Segundo, que tenemos nuestra carne en el cielo como una garantía segura de que, Él como la Cabeza, también nos llevará a nosotros, sus miembros, hacia Él mismo². Tercero, que Él nos envía su Espíritu como una garantía³, por cuyo poder buscamos las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, y no las cosas de la tierra⁴.

¹ 1Jn 2:1; Ro 8:34

² Jn 14:2; 20:17; Ef 2:6

³ Jn 14:16; Hch 2:33; 2Co 5:5

⁴ Col 3:1; Jn 14:3; He 9:24

50. ¿Por qué se añade: «y está sentado a la diestra de Dios»?

Porque Cristo subió al cielo con este fin: para aparecer allí como la Cabeza de su Iglesia¹, por quien el Padre gobierna todas las cosas².

¹ Ef 1:20–23; Col 1:18

² Jn 5:22; 1P 3:22; Sal 110:1

Día del Señor 19

51. ¿Cómo nos beneficia esta gloria de Cristo, nuestra Cabeza?

Primero, por su Espíritu Santo Él derrama dones celestiales sobre nosotros, sus miembros¹; segundo, por su poder nos defiende y preserva de todos nuestros enemigos².

¹ Ef 4:10–12

² Sal 2:9; Jn 10:28–30; 1Co 15:25–26; Hch 2:33

52. ¿Cómo te consuela que Cristo «vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos»?

Que, en todos mis dolores y persecuciones, yo, con la cabeza erguida, espero a Aquel mismo que se ofreció por mí al juicio de Dios y removiéndome toda maldición de mí, que regrese del cielo como Juez¹, quien echará a todos los enemigos suyos y míos a la condenación eterna²; pero a mí, con todos sus elegidos, nos llevará con Él al gozo y gloria celestiales³.

¹ Lc 21:28; Ro 8:23–24; Fil 3:20–21; Tit 2:13

² 2Ts 1:6, 10; 1Ts 4:16–18; Mt 25:41

³ Hch 1:10–11; He 9:28

De Dios el Espíritu Santo

Día del Señor 20

53. ¿Qué crees acerca del «Espíritu Santo»?

Primero, que Él es Dios eterno junto con el Padre y el Hijo¹. Segundo, que Él también me es dado², y por medio de la verdadera fe me hace participante de Cristo y de todos sus beneficios³, me consuela⁴ y morará conmigo para siempre⁵.

¹ Gn 1:2; Is 48:16; 1Co 3:16; 6:19; Hch 5:3–4

² Mt 28:19; 2Co 1:21–22

³ 1P 1:2; 1Co 6:17

⁴ Hch 9:31

⁵ Jn 14:16; 1P 4:14; 1Jn 4:13; Ro 15:13

Día del Señor 21

54. ¿Qué crees acerca de la «santa iglesia católica»?

Que de toda la raza humana¹, desde el principio hasta el fin del mundo², el Hijo de Dios³, por su Espíritu y Palabra⁴, congrega, defiende y preserva para sí mismo y para la vida eterna una comunión elegida⁵ en la unidad de la verdadera fe⁶; y que yo soy, y permaneceré para siempre, un miembro vivo de esta comunión⁷.

¹ Gn 26:4

² Jn 10:10

³ Ef 1:10–13

⁴ Ro 1:16; Is 59:21; Ro 10:14–17; Ef 5:26

⁵ Ro 8:29–30; Mt 16:18; Ef 4:3–6

⁶ Hch 2:46; Sal 71:18; 1Co 11:26; Jn 10:28–30; 1Co 1:8–9

⁷ 1Jn 3:21; 1Jn 2:19; Gá 3:28

55. ¿Qué entiendes por la «comunión de los santos»?

Primero, que todos y cada uno de los creyentes, como miembros del Señor Jesucristo, son participantes con Él de todos sus tesoros y dones¹. Segundo, que cada uno debe sentirse obligado a usar sus dones pronta y gozosamente para el beneficio y bienestar de los otros miembros².

¹ 1Jn 1:3

² 1Co 12:12–13, 21; 13:5–6; Fil 2:4–6; He 3:14

56. ¿Qué crees acerca del «perdón de pecados»?

Que Dios, por amor a la satisfacción de Cristo¹, no recordará más mis pecados, ni la naturaleza pecaminosa con la que tengo que luchar durante toda mi vida²; sino que, por su gracia, me imputa la justicia de Cristo, para que nunca más sea condenado³.

¹ 1Jn 2:2

² 2Co 5:19, 21; Ro 7:24–25; Sal 103:3, 10–12; Jr 31:34; Ro 8:1–4

³ Jn 3:18; Ef 1:7; Ro 4:7–8; 7:18

Día del Señor 22

57. ¿Qué consuelo recibes de la «resurrección del cuerpo»?

Que no solamente mi alma después de esta vida será llevada inmediatamente a Cristo, su Cabeza¹, sino que también este mi cuerpo, resucitado por el poder de Cristo, será unido otra vez con mi alma, y será hecho semejante al cuerpo glorioso de Cristo².

¹ Lc 23:43; Fil 1:21–23

² 1Co 15:53–54; Job 19:25–27; 1Jn 3:2

58. ¿Qué consuelo recibes del artículo de la «vida eterna»?

Que, puesto que ahora siento en mi corazón el principio del gozo eterno¹, después de esta vida poseeré una completa bienaventuranza, tal que ningún ojo ha visto, ni oído escuchado, ni ha entrado en el corazón del hombre², para que, por ella, alabe a Dios para siempre³.

¹ 2Co 5:2–3

² 1Co 2:9

³ Jn 17:3; Ro 8:23; 1P 1:8

Día del Señor 23

59. ¿Cómo te ayuda creer todo esto?

Que soy justo en Cristo delante de Dios y un heredero de la vida eterna¹.

¹ Hab 2:4; Ro 1:17; Jn 3:36; Tit 3:7; Ro 5:1; Ro 8:16

60. ¿Cómo eres justo ante de Dios?

Solamente por la verdadera fe en Jesucristo¹: es decir, aunque mi consciencia me acuse de que he pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, y nunca he guardado ninguno de ellos², y siempre estoy inclinado a todo mal³; no obstante, Dios, sin ningún mérito mío⁴, sino por pura gracia⁵, me otorga e imputa la perfecta satisfacción⁶, justicia y santidad de Cristo⁷, como si yo nunca hubiera cometido ni tenido ningún pecado, y como si yo mismo hubiese cumplido toda la obediencia que Cristo ha cumplido por mí⁸, si acepto tal beneficio con un corazón creyente⁹.

¹ Ro 3:21–25; Gá 2:16; Ef 2:8–9; Fil 3:9

² Ro 3:9–10

³ Ro 7:23

⁴ Tit 3:5

⁵ Ro 3:24; Ef 2:8

⁶ 1Jn 2:2

⁷ 1Jn 2:1; Ro 4:4–5; 2Co 5:19

⁸ 2Co 5:21

⁹ Jn 3:18; Ro 3:28; Ro 10:10

61. ¿Por qué dices que eres justo por la fe solamente?

No porque yo sea aceptable a Dios por la dignidad de mi fe, sino porque sólo la satisfacción, justicia y santidad de Cristo es mi justicia delante de Dios¹; y porque no puedo recibir de ninguna otra manera esa misma justicia y hacerla mía sino por la fe solamente².

¹ 1Co 1:30; 2:2

² 1Jn 5:10. Is 53:5; Gá 3:22; Ro 4:16

Día del Señor 24

62. Pero ¿por qué nuestras buenas obras no pueden ser el todo o parte de nuestra justicia delante de Dios?

Porque la justicia que puede permanecer ante el tribunal de Dios debe ser completamente perfecta y totalmente de acuerdo con la ley divina¹; en cambio, hasta nuestras mejores obras en esta vida son todas imperfectas y manchadas de pecado².

¹ Gá 3:10; Dt 27:26

² Is 64:6; Stg 2:10; Fil 3:12

63. ¿No merecen nada nuestras buenas obras, aunque sea la voluntad de Dios recompensarlas en esta vida y en la venidera?

La recompensa no se da por mérito, sino por gracia¹.

¹ Lc 17:10; Ro 11:6

64. Pero esta doctrina, ¿no hace a los hombres negligentes y profanos?

No, ya que es imposible que los que están implantados en Cristo por la verdadera fe, no produzcan frutos de gratitud¹.

¹ Mt 7:18; Ro 6:1–2; Jn 15:5

Los Sacramentos

Día del Señor 25

65. Entonces, ya que somos hechos participantes de Cristo y de todos sus beneficios por la fe solamente, ¿de dónde procede esta fe?

El Espíritu Santo produce la fe en nuestros corazones¹ por la predicación del Santo Evangelio y la confirma por el uso de los santos sacramentos².

¹ Jn 3:5; Ro 10:17

² Ro 4:11; Hch 8:37

66. ¿Qué son los sacramentos?

Los sacramentos son señales santas y visibles, y sellos instituidos por Dios para este fin: para que por su uso Él nos declare y selle con la mejor claridad la promesa del Evangelio, a saber, que por pura gracia nos confiere el perdón de pecados y la vida eterna por amor al único sacrificio de Cristo realizado en la cruz¹.

¹ Gn 17:11; Ro 4:11; Dt 30:6; He 9:8–9; Ez 20:12

67. ¿Están, tanto la Palabra como los sacramentos, diseñados para dirigir nuestra fe al sacrificio de Cristo en la cruz como el único fundamento de nuestra salvación?

Absolutamente, ya que el Espíritu Santo nos enseña en el Evangelio y nos asegura por los santos sacramentos, que toda nuestra salvación se fundamenta en el único sacrificio de Cristo hecho por nosotros en la cruz¹.

¹ Ro 6:3; Gá 3:27; He 9:12; Hch 2:41–42

68. ¿Cuántos sacramentos ha instituido Cristo en el Nuevo Testamento?

Dos: el Santo Bautismo y la Santa Cena.

Del Santo Bautismo

Día del Señor 26

69. ¿Cómo el Santo Bautismo significa y sella en ti que tienes parte en el único sacrificio de Cristo en la cruz?

De esta manera: que Cristo instituyó este lavamiento exterior con agua¹ y le agregó esta promesa²: que soy lavado con su sangre y Espíritu de la contaminación de mi alma, es decir, de todos mis pecados, tan ciertamente como cuando soy lavado externamente con agua, por la cual se quita comúnmente la suciedad del cuerpo³.

¹ Mt 28:19–20; Hch 2:38

² Mt 3:11; Mr 16:16; Ro 6:3–4

³ Mr 1:4

70. ¿Qué significa ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?

Significa tener el perdón de pecados de Dios por gracia, por amor a la sangre de Cristo, la cual derramó por nosotros en su sacrificio en la cruz¹; y también ser renovados por el Espíritu Santo y santificados para ser miembros de Cristo, a fin de que muramos cada vez más al pecado y llevemos vidas santas e irreprochables².

¹ He 12:24; 1P 1:2; Ap 1:5; Zac 13:1; Ez 36:25–27

² Jn 1:33; 3:3; 1Co 6:11; 12:13; He 9:14

71. ¿Dónde ha prometido Cristo que somos verdaderamente lavados con su sangre y Espíritu al ser lavados con el agua del bautismo?

En la institución del Bautismo que dice: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»¹. «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado»². Esta promesa se repite también donde la Escritura llama al Bautismo el lavamiento de la regeneración³ y el lavamiento de pecados⁴.

¹ Mt 28:19

² Mr 16:16

³ Tit 3:5

⁴ Hch 22:16

Día del Señor 27

72. Entonces, ¿es el mismo lavamiento externo con agua el lavamiento de los pecados?

No¹, porque sólo la sangre de Jesucristo y el Espíritu Santo nos limpian de todo pecado².

¹ 1P 3:21; Ef 5:26

² 1Jn 1:7; 1Co 6:11

73. Entonces, ¿por qué el Espíritu Santo llama al Bautismo el lavamiento de la regeneración y el lavamiento de pecados?

Dios habla así por una buena razón, a saber, no sólo para enseñarnos que, así como el agua quita la suciedad del cuerpo, también la sangre y el Espíritu de Cristo quitan nuestros pecados¹; sino mucho más, para que por esta divina promesa y señal nos dé la seguridad de que realmente somos lavados de nuestros pecados espiritualmente, así como el agua lava nuestros cuerpos².

¹ Ap 7:14

² Mr 16:16; Hch 2:38

74. ¿También se debe bautizar a los infantes?

Sí, porque ellos, al igual que sus padres, pertenecen al pacto y pueblo de Dios¹, y a través de la sangre de Cristo² tanto la redención del pecado como el Espíritu Santo,

el autor de la fe, se les promete a ellos igual que a sus padres³. Por eso, ellos también deben ser injertados en la iglesia cristiana por medio del bautismo, como una señal del pacto, y diferenciados de los hijos de los incrédulos⁴, como se hacía en el Antiguo Testamento por la circuncisión⁵, en lugar de la cual se ha instituido el bautismo en el Nuevo Testamento⁶.

¹ Gn 17:7

² Mt 19:14

³ Lc 1:14–15; Sal 22:10; Hch 2:39

⁴ Hch 10:47

⁵ Gn 17:14

⁶ Col 2:11–13

De la Santa Cena

Día del Señor 28

75. ¿Cómo la Santa Cena representa y sella en ti que eres participante del único sacrificio de Cristo en la cruz y de todos sus beneficios?

De esta manera: que Cristo me ha mandado a mí y a todos los creyentes comer de este pan partido y beber de esta copa en memoria de Él, y ha agregado estas promesas¹: primero, que su cuerpo fue ofrecido y partido en la cruz por mí, y su sangre derramada por mí de una manera tan real como cuando veo con mis ojos que el pan del Señor es partido por mí y la copa me es comunicada; y segundo, que con su cuerpo crucificado y sangre derramada Él mismo alimenta y nutre mi alma para vida eterna de una manera tan real como cuando recibo de la mano del ministro y pruebo con mi boca el pan y la copa del Señor, los cuales me son dados como señales seguras del cuerpo y sangre de Cristo.

¹ Mt 26:26–28; Mr 14:22–24; Lc 22:19–20; 1Co 10:16–17; 11:23–25; 12:13

76. ¿Qué significa comer el cuerpo crucificado y beber la sangre derramada de Cristo?

Significa no sólo aceptar con un corazón creyente todos los sufrimientos y muerte de Cristo, y por este medio obtener el perdón de pecados y la vida eterna¹; sino también estar cada vez más unido a su sagrado cuerpo por el Espíritu Santo², quien mora tanto en Cristo como en nosotros, que, aunque Él está en el cielo³ y nosotros en la tierra, no obstante, somos carne de su carne y hueso de sus huesos⁴, y vivimos

y somos gobernados para siempre por un Espíritu, como los miembros de un cuerpo son gobernados por un alma⁵.

¹ Jn 6:35, 40, 47-48, 50-54

² Jn 6:55-56

³ Hch 3:21; 1Co 11:26

⁴ Ef 3:16-19; 5:29-30, 32; 1Co 6:15, 17, 19; 1Jn 4:13

⁵ Jn 14:23; Jn 6:56-58; Jn 15:1-6; Ef 4:15-16; Jn 6:63

77. ¿Dónde ha prometido Cristo que Él alimentará y nutrirá a los creyentes con su cuerpo y sangre de una manera tan real como cuando ellos comen de este pan partido y beben de esta copa?

En la institución de la Cena que dice: «Que el Señor, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es Mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de Mí. Asimismo, tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de Mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga»¹. Y el Apóstol Pablo repite también esta promesa donde dice: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan»².

¹ 1Co 11:23-26

² 1Co 10:16-17

Día del Señor 29

78. Entonces, ¿el pan y el vino se convierten en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo?

No, sino que, así como el agua en el bautismo no se convierte en la sangre de Cristo, ni llega a ser el lavamiento mismo de los pecados, siendo únicamente la señal divina y la confirmación del lavamiento¹, así también en la Cena del Señor el pan sagrado² no se convierte en el mismo cuerpo de Cristo, aunque de acuerdo con la naturaleza y uso de los sacramentos se le llama el cuerpo de Cristo³.

¹ Mt 26:29

² 1Co 11:26-28

³ Ex 12:26-27, 43, 48; 1Co 10:1-4

79. Entonces, ¿por qué Cristo llama al pan su cuerpo, y a la copa su sangre, o el Nuevo Testamento en su sangre; y el Apóstol Pablo la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo?

Cristo habla así por una poderosa razón, a saber, no sólo para enseñarnos, que, así como el pan y el vino sustentan esta vida temporal, también su cuerpo crucificado y sangre derramada son la verdadera comida y bebida de nuestras almas para vida eterna¹; sino mucho más, ya que por esta señal y garantía visible nos asegura que participamos verdaderamente de su verdadero cuerpo y sangre por la obra del Espíritu Santo, al recibir por la boca del cuerpo estas santas señales en memoria de Él²; y que todos sus sufrimientos y obediencia son ciertamente nuestros, como si nosotros mismos hubiéramos sufrido y hecho todo en nuestras propias personas.

¹ Jn 6:51–55 (ver la pregunta 76)

² 1Co 10:16–17 (ver la pregunta 78)

Día del Señor 30

80. ¿Qué diferencia hay entre la Cena del Señor y la Misa del Papa?

La Cena del Señor nos testifica que tenemos perdón completo de todos nuestros pecados por el único sacrificio de Jesucristo que realizó una sola vez en la cruz¹; y que por el Espíritu Santo somos injertados en Cristo², quien, con su verdadero cuerpo está ahora en el cielo a la derecha del Padre³, y allí debe ser adorado⁴. Pero la misa enseña que los vivos y los muertos no tienen el perdón de pecados a través de los sufrimientos de Cristo, a menos que Cristo sea diariamente ofrecido a favor de ellos por los sacerdotes, y que Cristo está corporalmente bajo la forma del pan y el vino, y, por lo tanto, debe ser adorado en ellos. Y de este modo, la misa fundamentalmente no es otra cosa que una negación del único sacrificio y sufrimiento de Jesucristo⁵, y una idolatría maldita.

¹ He 7:27; 9:12, 25–28; 10:10, 12, 14; Jn 19:30

² 1Co 6:17

³ He 1:3; 8:1

⁴ Jn 4:21–24; 20:17; Lc 24:52; Hch 7:55; Col 3:1; Fil 3:20–21; 1Ts 1:9–10

⁵ Ver Hebreos capítulos 9 y 10; Mt 4:10

81. ¿Quiénes deben participar de la Mesa del Señor?

Los que están indignados consigo mismos por sus pecados, más sin embargo confían que les son perdonados, y que sus debilidades que aún les quedan son cubiertas por

el sufrimiento y muerte de Cristo; también los que desean fortalecer su fe cada vez más y corregir sus vidas. Pero los impenitentes e hipócritas comen y beben juicio para sí mismos¹.

¹ 1Co 10:19–22; 11:28–29; Sal 51:3; Jn 7:37–38; Sal 103:1–4; Mt 5:6

82. Entonces, ¿también debe admitirse a la Cena a los que por su confesión y vida demuestran que son incrédulos e impíos?

No, porque de ese modo se profana el pacto de Dios y se provoca su ira contra toda la congregación¹; por lo tanto, la iglesia cristiana está obligada, de acuerdo con la orden de Cristo y de sus apóstoles, a excluir a tales personas por el oficio de las llaves hasta que corrijan sus vidas.

¹ 1Co 11:20, 34a; Is 1:11–15; 66:3; Jr 7:21–23; Sal 50:16–17; Mt 7:6; 1Co 11:30–32; Tit 3:10–11; 2Ts 3:6

Día del Señor 31

83. ¿Qué es el oficio de las llaves?

La predicación del Santo Evangelio y la disciplina cristiana; por estas dos el reino de los cielos se abre a los creyentes y se cierra contra los incrédulos¹.

¹ Mt 16:18–19; 18:18; Jn 20:23; Lc 24:46–47; 1Co 1:23–24

84. ¿Cómo se abre y se cierra el reino de los cielos por la predicación del santo Evangelio?

De esta manera: que, de acuerdo con el mandamiento de Cristo, se proclama y testifica abiertamente a todos y cada uno de los creyentes, que siempre que ellos acepten con verdadera fe la promesa del Evangelio, Dios perdona verdaderamente todos sus pecados por amor a los méritos de Cristo; y, al contrario, a todos los que no creen, y a los hipócritas, que la ira de Dios y la condenación eterna permanecen sobre ellos si no se convierten¹. De acuerdo con este testimonio del Evangelio, Dios juzgará a los hombres tanto en esta vida como en la venidera.

¹ Jn 20:21–23; Hch 10:43; Is 58:1; 2Co 2:15–16; Jn 8:24

85. ¿Cómo se cierra y abre el reino de los cielos por la disciplina cristiana?

De esta manera: que, de acuerdo con el mandamiento de Cristo, si cualquiera que, bajo el nombre de cristiano, demuestra ser infiel en doctrina o en vida, y después de varias amonestaciones fraternales, no se arrepiente de sus errores o malos caminos, sea denunciado a la iglesia o a sus oficiales; y, si también se niega a escuchar a la iglesia y a sus oficiales, ellos le negarán los santos sacramentos y por ello se lo excluirá de la comunión cristiana, y por Dios mismo, del reino de Cristo; y si promete y muestra verdadera corrección, sea nuevamente recibido como miembro de Cristo y de su iglesia¹.

¹ Mt 18:15–18; 1Co 5:3–5, 11; 2Ts 3:14–15; 2Jn 1:10–11

TERCERA PARTE: DE LA GRATITUD

Día del Señor 32

86. Entonces, puesto que somos redimidos de nuestra miseria por gracia a través de Cristo, sin ningún mérito nuestro, ¿por qué debemos hacer buenas obras?

Porque Cristo, habiéndonos redimido con su sangre, también nos renueva con su Espíritu Santo a su imagen, para que con toda nuestra vida seamos agradecidos a Dios por sus bendiciones¹, y para que Él sea glorificado por medio de nosotros²; también, para que nosotros mismos seamos asegurados de nuestra fe por los frutos de ella³; y por nuestra conducta piadosa ganemos también a otros para Cristo⁴.

¹ Ro 6:13; 12:1–2; 1P 2:5, 9–10; 1Co 6:20

² Mt 5:16; 1P 2:12

³ Mt 7:17–18; Gá 5:6, 22–23

⁴ Ro 14:19; 1P 3:1–2; 2P 1:10

87. Entonces, ¿no pueden salvarse aquellos que no se convierten a Dios, y no abandonan su vida de ingratitud e impenitencia?

De ninguna manera, porque, como dice la Escritura, ningún fornicario, idólatra, adúltero, ladrón, codicioso, borracho, maldiciente y semejantes heredarán el reino de Dios¹.

¹ 1Co 6:9–10; Ef 5:5–6; 1Jn 3:14–15

Día del Señor 33

88. ¿De cuántas partes se compone el verdadero arrepentimiento o conversión?

De dos: la muerte del viejo hombre y la vivificación del nuevo¹.

¹ Ro 6:4–6; Ef 4:22–24; Col 3:5–10; 1Co 5:7

89. ¿Qué es la muerte del viejo hombre?

Un dolor de corazón por el pecado, que nos haga odiarlo y abandonarlo cada vez más¹.

¹ Ro 8:13; Jl 2:13

90. ¿Qué es la vivificación del nuevo hombre?

Un gozo de corazón en Dios a través de Cristo¹, que nos haga deleitarnos en vivir de acuerdo con la voluntad de Dios en toda buena obra².

¹ Ro 5:1; 14:17; Is 57:15

² Ro 8:10–11; Gá 2:20; Ro 7:22

91. ¿Qué son las buenas obras?

Sólo las que proceden de la verdadera fe¹, que se hacen de acuerdo con la Ley de Dios² y para su gloria³; y no las que descansan en nuestra propia opinión⁴ o en mandamientos de hombres⁵.

¹ Ro 14:23

² 1S 15:22; Ef 2:10

³ 1Co 10:31

⁴ Dt 12:32; Ez 20:18, 20; Is 29:13

⁵ Mt 15:9; Nm 15:39

La Ley de Dios

92. ¿Cuál es la Ley de Dios?

«Y habló Dios todas estas palabras diciendo»:

Primer Mandamiento

«Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí».

Segundo Mandamiento

«No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás, porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos».

Tercer Mandamiento

«No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tome su nombre en vano».

Cuarto Mandamiento

«Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; más el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó».

Quinto Mandamiento

«Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da».

Sexto Mandamiento

«No matarás».

Séptimo Mandamiento

«No cometerás adulterio».

Octavo Mandamiento

«No robarás».

Noveno Mandamiento

«No hablarás contra tu prójimo falso testimonio».

Décimo Mandamiento

«No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo»¹.

¹ Ex 20; Dt 5; Mt 5:17–19; Ro 10:5; Ro 3:31; Sal 119:9

Día del Señor 34

93. ¿Cómo se dividen estos mandamientos?

En dos tablas¹: la primera enseña, en cuatro mandamientos, las obligaciones que le debemos a Dios; la segunda, en seis, las obligaciones que le debemos a nuestro prójimo².

¹ Ex 34:28; Dt 4:13

² Mt 22:37–40

94. ¿Qué ordena Dios en el primer mandamiento?

Que yo, si no quiero poner en riesgo mi salvación, evite y huya de toda idolatría¹, hechicería, encantamientos², invocación de santos o de otras criaturas³; y que conozca rectamente al único verdadero Dios⁴, confíe en Él solamente⁵; con toda humildad⁶ y paciencia⁷ espere todo bien de Él solamente⁸, y lo ame⁹, tema¹⁰ y honre¹¹ con todo mi corazón; de tal manera que renuncie a todas las criaturas antes que cometer la menor cosa en contra de su voluntad¹².

¹ 1Co 10:7, 14

² Lv 19:31; Dt 18:10–12

³ Mt 4:10; Ap 19:10; 22:8–9

⁴ Jn 17:3

⁵ Jr 17:5

⁶ 1P 5:5–6

⁷ He 10:36; Col 1:10b–11; Ro 5:3–4; 1Co 10:10

⁸ Sal 104:27–30; Is 45:6b–7; Stg 1:17

⁹ Dt 6:5

¹⁰ Dt 6:2; Sal 111:10; Pr 9:10; Mt 10:28

¹¹ Dt 10:20

¹² Mt 5:29–30; 10:37; Hch 5:29

95. ¿Qué es la idolatría?

La idolatría es concebir o tener algo más en lo cual pongamos nuestra confianza en lugar de, o junto al, único verdadero Dios que se ha revelado a sí mismo en su Palabra¹.

¹ Ef 5:5; Fil 3:19; Ef 2:12; Jn 2:23; 2Jn 1:9; Jn 5:23; Sal 81:8–9; Mt 6:24; Sal 62:5–7 Sal 73:25–26

Día del Señor 35

96. ¿Qué ordena Dios en el segundo mandamiento?

Que de ninguna manera hagamos alguna imagen de Dios¹, ni lo adoremos de ninguna otra forma de la que Él nos ha mandado en su Palabra².

¹ Dt 4:15–19; Is 40:18, 25. Ro 1:22–24; Hch 17:29

² 1S 15:23; Dt 12:30–32; Mt 15:9; Dt 4:23–24; Jn 4:24

97. ¿No debemos hacer ninguna imagen?

Dios no debe ni puede ser representado de ninguna manera; con respecto a las criaturas, aunque puedan ser representadas, sin embargo, Dios prohíbe hacer o tener cualquier imagen de ellas ya sea para adorarlas, o servir a Dios por medio de ellas¹.

¹ Ex 23:24–25; 34:13–14; Dt 7:5; 12:3; 16:22; 2R 18:4; Jn 1:18

98. Pero ¿no deben tolerarse las imágenes en las iglesias como libros para la gente?

No, porque no debemos ser más sabios que Dios, que no quiere enseñar a su pueblo por imágenes mudas¹, sino por la predicación viva de su Palabra².

¹ Jr 10:8; Hab 2:18–19

² 2P 1:19; 2Ti 3:16–17; Ro 10:17

Día del Señor 36

99. ¿Qué se ordena en el tercer mandamiento?

Que no profanemos o abusemos del Nombre de Dios por medio de maldiciones¹, falsos juramentos², ni tampoco por juramentos innecesarios³; ni tampoco que, por nuestro silencio y complicidad con otros, participemos de estos horribles pecados; y, en resumen, que solamente usemos el santo nombre de Dios con temor y reverencia⁴, para que así Él sea rectamente confesado⁵ y adorado por nosotros⁶, y sea glorificado en todas nuestras palabras y acciones⁷.

¹ Lv 24:10–16

² Lv 19:12

³ Mt 5:37; Stg 5:12

⁴ Is 45:23

⁵ Mt 10:32

⁶ 1Ti 2:8

⁷ Ro 2:24; 1Ti 6:1; Col 3:16–17; 1P 3:15

100. ¿Es la profanación del nombre de Dios por medio de juramentos y maldiciones un gravísimo pecado que su ira se enciende también en contra de aquellos que no ayudan en lo que pueden a detener y prohibir este pecado?

Absolutamente¹, porque no hay pecado más grande y que más provoque a Dios que la profanación de su nombre; por esa razón, Él incluso mandó que fuese castigado con la muerte².

¹ Lv 5:1

² Lv 24:15–16; Lv 19:12; Pr 29:24–25

Día del Señor 37

101. Pero ¿podemos jurar reverentemente en el nombre de Dios?

Sí, cuando el gobierno lo exija, o cuando por otra razón sea necesario para mantener y promover la fidelidad y la verdad para la gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo; pues tal forma de jurar está fundamentada en la Palabra de Dios¹, y por lo tanto fue usada correctamente por los santos en el Antiguo y Nuevo Testamento².

¹ Dt 10:20; Is 48:1; He 6:16

² Gn 21:24; 31:53–54; Jos 9:15, 19; 1S 24:22; 1R 1:29; Ro 1:9

102. ¿Podemos jurar por «los santos» o por cualquier otra criatura?

No, porque un juramento legítimo es una invocación de Dios, para que Él, como el único escudriñador del corazón, dé testimonio de la verdad y me castigue si juro falsamente¹; este honor no le corresponde a ninguna criatura².

¹ 2Co 1:23

² Mt 5:34–36; Jr 5:7; Is 65:16

Día del Señor 38

103. ¿Qué ordena Dios en el cuarto mandamiento?

En primer lugar, Dios desea que se mantenga el ministerio del Evangelio y de la enseñanza¹; y que yo, especialmente en el día de reposo, asista diligentemente a la iglesia² para aprender la Palabra de Dios³, para usar los santos sacramentos⁴, para invocar públicamente el nombre de Dios⁵, y para ofrendar como cristiano⁶. En segundo lugar, que todos los días de mi vida descanse de mis malas obras, y permita que el Señor actúe en mí por su Espíritu, y de este modo empiece en esta vida el sábado eterno⁷.

¹ Tit 1:5; 1Ti 3:14–15; 4:13–14; 5:17; 1Co 9:11, 13–14

² 2Ti 2:2, 15; Sal 40:10–11; 68:26; Hch 2:42, 46

³ 1Co 14:19, 29, 31

⁴ 1Co 11:33

⁵ 1Ti 2:1–2, 8–10; 1Co 14:16

⁶ 1Co 16:2

⁷ Is 66:23; Gá 6:6; Hch 20:7; He 4:9–10

Día del Señor 39

104. ¿Qué ordena Dios en el quinto mandamiento?

Que yo muestre todo honor, amor y fidelidad a mi padre y a mi madre¹, y a toda autoridad sobre mí²; que me someta con debida obediencia a toda su buena instrucción y corrección, y que también soporte pacientemente sus debilidades, ya que es la voluntad de Dios gobernarnos por medio de ellos³.

¹ Ef 6:22; Ef 6:1–6; Col 3:18, 20–24; Pr 1:8–9; 4:1; 15:20; 20:20; Ex 21:17; Gn 9:24–25

² Ro 13:1; 1P 2:18; Ro 13:2–7; Mt 22:21

³ Ef 6:4, 9; Col 3:19, 21; Pr 30:17; Dt 27:16; Dt 32:24; Pr 13:24; 1Ti 2:1–2; 1 Ti 5:17; He 13:17–18

Día del Señor 40

105. ¿Qué ordena Dios en el sexto mandamiento?

Que yo no injurie, odie, insulte o mate a mi prójimo en pensamiento, palabra o actitud, y mucho menos por mis acciones, ya sea por mí mismo o por alguien más¹; sino que renuncie a todo deseo de venganza²; además, que no me haga daño a mí mismo, ni que obstinadamente me exponga al peligro³. Por eso también, para impedir el asesinato, el gobierno está armado con la espada⁴.

¹ Mt 5:21–22; 26:52; Gn 9:6

² Ef 4:26; Ro 1:19; Mt 5:25; 18:35

³ Mt 4:7; Ro 13:14; Col 2:23

⁴ Ex 21:14; Mt 18:6–7

106. ¿Este mandamiento habla sólo de matar?

No, sino que, al prohibir el asesinato, Dios nos enseña que aborrece su misma raíz, a saber, la envidia¹, el odio², la ira³ y el deseo de venganza; y que a su vista todos estos son asesinatos ocultos⁴.

¹ Ro 1:28–32

² 1Jn 2:9–11

³ Stg 2:13; Gá 5:19–21

⁴ 1Jn. 3:15 Stg 3:16; [1:19](#)

107. Pero ¿todo lo que se nos ordena es que no matemos a nuestro prójimo?

No, porque al condenar la envidia, el odio y la ira, Dios nos ordena que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos¹, que mostremos paciencia, paz, mansedumbre², misericordia³ y amabilidad⁴ hacia el prójimo, y prevenirle cualquier daño tanto como sea posible⁵; también, que hagamos bien incluso a nuestros enemigos⁶.

¹ Mt 7:12; 22:39

² Ef 4:2; Gá 6:1–2; Ro 12:18

³ Mt 5:7; Lc 6:36

⁴ Ro 12:10

⁵ Ex 23:5

⁶ Mt 5:44–45; Ro 12:20–21; Col 3:12–14; Mt 5:9

Día del Señor 41

108. ¿Qué nos enseña el séptimo mandamiento?

Que Dios maldice toda impureza¹, y que nosotros, por lo tanto, debemos detestarla con todo nuestro corazón²; y vivir santa y decorosamente³ ya sea en el santo estado de matrimonio o en la vida de soltería⁴.

¹ Lv 18:27–28

² Jud 1:22–23

³ 1Ts 4:3–5

⁴ He 13:4; 1Co 7:1–4

109. ¿Sólo prohíbe Dios en este mandamiento el adulterio y otros pecados ofensivos semejantes?

Puesto que nuestro cuerpo y alma son templos del Espíritu Santo, es la voluntad de Dios que los preservemos puros y santos; por lo tanto, Él prohíbe todas las acciones impuras, gestos, palabras¹, pensamientos, deseos² y cualquier cosa que nos incite a ello³.

¹ Ef 5:3–4; 1Co 6:18–20

² Mt 5:27–30

³ Ef 5:18–19; 1Co 15:33

Día del Señor 42

110. ¿Qué prohíbe Dios en el octavo mandamiento?

Dios prohíbe no sólo el robo¹ y la estafa² que son castigados por el gobierno, sino que Dios también considera robo todas las malvadas trampas y artilugios por los cuales buscamos adueñarnos de los bienes de nuestro prójimo ya sea por la fuerza o por engaño³, tales como pesas injustas⁴, medidas⁵, productos, monedas, usura⁶ o por cualquier medio prohibido por Dios; también prohíbe toda codicia⁷ y el mal uso y desperdicio de sus dones⁸.

¹ 1Co 6:10

² 1Co 5:10

³ Lc 3:14; 1Ts 4:6

⁴ Pr 11:1; 16:11

⁵ Ez 45:9–10. Dt 25:13–15

⁶ Sal 15:5; Lc 6:35

⁷ 1Co 6:10

⁸ Pr 5:10; 1Ti 6:10; Jn 6:12

111. Pero ¿qué te ordena Dios en este mandamiento?

Que yo promueva el bien de mi prójimo donde pueda y deba, que lo trate como quisiera que otros me traten a mí¹, y que trabaje fielmente para que pueda ayudar a los pobres en sus necesidades².

¹ Mt 7:12

² Ef 4:28; Fil 2:4; Gn 3:19; 1Ti 6:6-7

Día del Señor 43

112. ¿Qué ordena el noveno mandamiento?

Que no dé falso testimonio contra nadie¹, que no malinterprete las palabras de los demás², que no sea calumniador o difamador³, que no me una en condenar a nadie apresuradamente o sin haberlo escuchado⁴; sino que bajo amenaza de la ira de Dios, evite toda mentira y engaño⁵ como las mismas obras del diablo⁶; y que en asuntos de juicio y justicia como en cualquier otro asunto, ame, hable honestamente y confiese la verdad⁷; también, en la medida de mis posibilidades, que defienda y promueva el buen nombre de mi prójimo⁸.

¹ Pr 19:5, 9

² Sal 15:3

³ Ro 1:28-30

⁴ Mt 7:1-2. Lc 6:37

⁵ Jn 8:44

⁶ Pr 12:22; 13:5

⁷ 1Co 13:6; Ef 4:25

⁸ 1P 4:8; Jn 7:24, 51; 1P 2:21, 23; Col 4:6; 1P 3:9

Día del Señor 44

113. ¿Qué ordena el décimo mandamiento?

Que ni la más mínima inclinación o pensamiento contra cualquier mandamiento de Dios jamás entre a nuestro corazón, sino que con todo nuestro corazón continuamente odiemos todo pecado y nos gocemos en toda justicia¹.

¹ Ro 7:7-8; Pr 4:23; Stg 1:14-15; Mt 15:11, 19-20

114. ¿Pueden los que se convierten a Dios guardar estos mandamientos perfectamente?

No, sino que incluso los hombres más santos, mientras que estén en esta vida, tienen solamente un pequeño principio de una obediencia perfecta¹; más, sin embargo, con una genuina resolución empiezan a vivir no sólo de acuerdo con algunos, sino con todos los mandamientos de Dios².

¹ 1Jn 1:8–10; Ro 7:14–15; Ec 7:20

² Ro 7:22; Stg 2:10–11; Job 9:2–3; Sal 19:13

115. Entonces, ¿por qué Dios nos ordena tan estrictamente los diez mandamientos, ya que en esta vida nadie los puede obedecer?

Primero, para que durante toda nuestra vida aprendamos a conocer cada vez más nuestra naturaleza pecaminosa¹, y deseemos con todo fervor buscar el perdón de pecados y la justicia en Cristo²; segundo, para que sin cesar le pidamos diligentemente a Dios la gracia del Espíritu Santo para ser renovados cada vez más conforme a la imagen de Dios, hasta que alcancemos la meta de la perfección después de esta vida³.

¹ 1Jn 1:9; Sal 32:5

² Ro 7:24–25

³ 1Co 9:24–25; Fil 3:12–14; Mt 5:6; Sal 51:12

La oración

Día del Señor 45

116. ¿Por qué es necesaria la oración para los cristianos?

Porque es la parte principal de la gratitud que Dios requiere de nosotros¹, y porque Dios dará su gracia y Espíritu Santo sólo a los que fervientemente y sin cesar se lo piden a Él, y le dan gracias por ellos².

¹ Sal 50:14–15

² Mt 7:7–8; Lc 11:9–10, 13; Mt 13:12; Ef 6:18

117. ¿Cuáles son las partes de una oración que Dios acepta y escuchará?

Primero, que con todo nuestro corazón¹ invoquemos al único Dios verdadero que se nos ha revelado en su Palabra², pidiendo todo lo que nos ha mandado que le

pidamos³; segundo, que reconozcamos completamente nuestra necesidad y miseria⁴, para que nos humillemos en la presencia de su divina majestad⁵; tercero, que estemos firmemente seguros⁶ de que a pesar de nuestra indignidad, Él, por amor a Cristo nuestro Señor, con certeza escuchará nuestra oración⁷, tal y como nos lo ha prometido en su Palabra⁸.

¹ Jn 4:22–24

² Ro 8:26; 1Jn 5:14

³ Sal 27:8

⁴ 2Cr 20:12

⁵ Sal 2:10; 34:18; Is 66:2

⁶ Ro 10:14; Stg 1:6

⁷ Jn 14:13–16; Dn 9:17–18

⁸ Mt 7:8; Sal 143:1; Lc 18:13

118. ¿Qué nos ha mandado Dios que le pidamos?

Todas las cosas necesarias para el alma y el cuerpo¹, las cuales Cristo nuestro Señor ha resumido en la oración que Él mismo nos enseñó.

¹ Stg 1:17. Mt 6:33. 1P 5:7. Fil 4:6

119. ¿Cuál es la Oración del Señor?

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén»¹.

¹ Mt 6:9–13; Lc 11:2–4

Día del Señor 46

120. ¿Por qué Cristo nos mandó dirigirnos a Dios así: «Padre nuestro»?

Para despertar en nosotros desde el comienzo de nuestra oración una reverencia filial y confianza en Dios, las cuales deben ser el fundamento de nuestra oración, a saber, que Dios ha llegado a ser nuestro Padre a través de Cristo, y que Él nos dará lo que le pidamos con fe con una seguridad mayor con la que nuestros padres nos dan cosas terrenales¹.

¹ Mt 7:9–11; Lc 11:11–13; 1P 1:17; Is 63:16

121. ¿Por qué se añade: «en los cielos»?

Para que no tengamos ninguna idea terrenal de la majestad celestial de Dios¹, y que esperemos de su poder todopoderoso todas las cosas necesarias para el cuerpo y el alma².

¹ Jr 23:23–24; Hch 17:24–25, 27

² Ro 10:12; 1R 8:28; Sal 115:3

Día del Señor 47

122. ¿Cuál es la primera petición?

«Santificado sea tu nombre», es decir, en primer lugar, concédenos conocerte correctamente¹, y santificarte, magnificarte y alabarte en todas tus obras en las cuales brillan tu poder, bondad, justicia, misericordia y verdad²; y, segundo, concédenos ordenar toda nuestra vida, nuestros pensamientos, palabras y acciones para que tu nombre no sea blasfemado, sino honrado y alabado por nosotros³.

¹ Jn 17:3; Mt 16:17; Stg 1:5; Sal 119:105

² Sal 119:137; Ro 11:33–36

³ Sal 71:8; Sal 100:3–4; Sal 92:1–2; Ef 1:16–17; Sal 71:16

Día del Señor 48

123. ¿Cuál es la segunda petición?

«Venga tu reino», es decir, gobiérnanos de tal manera por tu Palabra y Espíritu, para que siempre nos sometamos a ti cada vez más¹; conserva y haz crecer a tu iglesia²; destruye las obras del diablo, todo poder que se exalte contra ti y todas las impías estrategias que se forman contra tu santa Palabra³, hasta que venga la plenitud de tu reino⁴ cuando tú serás todo en todos⁵.

¹ Sal 119:5; 143:10

² Sal 51:18; 122:6–7

³ 1Jn 3:8; Ro 16:20

⁴ Ap 22:17, 20; Ro 8:22–23

⁵ 1Co 15:28; Sal 102:12–13; He 12:28; Ap 11:15; 1Co 15:24

Día del Señor 49

124. ¿Cuál es la tercera petición?

«Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», es decir, concede que nosotros y todos los hombres renunciemos a nuestra propia voluntad¹, y que sin rebelarnos obedezcamos tu voluntad, que es la única buena²; para que cada uno cumpla su oficio y vocación tan voluntaria y fielmente³ como lo hacen los ángeles en el cielo⁴.

¹ Mt 16:24

² Lc 22:42; Tit 2:12

³ 1Co 7:24

⁴ Sal 103:20–21; Ro 12:2; He 13:21

Día del Señor 50

125. ¿Cuál es la cuarta petición?

«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», es decir, dignate proveernos todo lo que necesitamos para el cuerpo¹, para que así reconozcamos que tú eres la única fuente de todo bien², y que, sin tu bendición ni nuestros cuidados y trabajos, ni tus dones, nos pueden beneficiar³; para que, entonces, quitemos nuestra confianza de todas las criaturas y la pongamos solamente en ti⁴.

¹ Sal 104:27–28; 145:15–16; Mt 6:25–26

² Hch 14:17; 17:27–28

³ 1Co 15:58; Dt 8:3; Sal 37:3–7, 16–17

⁴ Sal 55:22; 62:10; Sal 127:1–2; Jr 17:5, 7; Sal 146:2–3

Día del Señor 51

126. ¿Cuál es la quinta petición?

«Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores», es decir, dignate, por amor a la sangre de Cristo, no imputarnos a nosotros miserables pecadores, nuestras muchas transgresiones, ni el mal que siempre está arraigado en nosotros¹; así como también sentimos, por este testimonio de tu gracia en nosotros, que es nuestra sincera intención perdonar de todo corazón a nuestro prójimo².

¹ Sal 51:1–4; 143:2; 1Jn 2:1–2

² Mt 6:14–15; Sal 51:5–7; Ef 1:7

Día del Señor 52

127. ¿Cuál es la sexta petición?

«Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal», es decir, puesto que somos tan débiles en nosotros mismos que no podemos subsistir ni un solo momento¹, y además de que nuestros enemigos mortales como el diablo², el mundo³ y nuestra propia carne⁴ nos atacan sin cesar, dignate preservarnos y fortalecernos con el poder de tu Espíritu Santo, para que estemos firmes contra ellos y no seamos derrotados en esta guerra espiritual⁵, hasta que finalmente logremos la victoria completa⁶.

¹ Jn 15:5; Sal 103:14–16

² 1P 5:8–9; Ef 6:12–13

³ Jn 15:19

⁴ Ro 7:23; Gá 5:17

⁵ Mt 26:41; Mr 13:33

⁶ 1Ts 3:13; 5:23–24; 2Co 12:7

128. ¿Cómo terminas esta oración?

«Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos», es decir, todo esto te pedimos porque como nuestro Rey que tiene poder sobre todas las cosas quieres y puedes darnos todo bien¹; y para que por ello no nosotros, sino tu santo nombre sea glorificado para siempre².

¹ Ro 10:11–12; 2P 2:9

² Jn 14:13; Sal 115:1

129. ¿Qué quiere decir la palabra «Amén»?

«Amén» quiere decir: esto es verdadero y cierto. Porque, ciertamente, Dios escucha mi oración mucho más de lo que yo siento en mi corazón que he deseado estas cosas de Él¹.

¹ 2Co 1:20; 2Ti 2:13; Sal 145:18–19

«Y a Aquel que es poderoso
para hacer todas las cosas
mucho más abundantemente

de lo que pedimos o entendemos,
según el poder que actúa en nosotros,
a Él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús
por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén».

Efesios 3:20-21